

Teatro y fe

Los autos sacramentales en el Perú

Luis Peirano Falconí / Lucila Castro de Trelles

Editores



90
AÑOS

PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DEL PERÚ

ÍNDICE

Presentación del rector de la
Pontificia Universidad Católica del Perú 15

Introducción 17



Autos sacramentales antes de 1997

**Teatro y fiesta de la Eucaristía en Lima
durante el virreinato** 25

José A. Rodríguez Garrido

**El retorno de los autos sacramentales
en España y América (siglo XX)** 39

Lucila Castro de Trelles

Los autos sacramentales en Lima 45

Ricardo Blume

El gran teatro del mundo 1997 - 1999 - 2004



Reflexiones sobre *El gran teatro del mundo* 61

Salomón Lerner Febres

***El gran teatro del mundo de Calderón
en el siglo XXI*** 79

Luis Jaime Cisneros

Sobre los últimos montajes de El gran teatro del mundo 99

Luis Peirano Falconí

***La experiencia de crear la música
de El gran teatro del mundo*** 107

Jorge Chiarella Krüger



La vida es sueño 2007

***La vida es sueño en Calderón
(de la comedia al auto)*** 135

José A. Rodríguez Garrido

Sobre el montaje de La vida es sueño 139

Luis Peirano Falconí

***La influencia del barroco colonial peruano
en el montaje de La vida es sueño*** 143

Lucila Castro de Trelles

*Autos sacramentales presentados en Lima
desde el siglo XX* 188

Presentación

Teatro y fe. Los autos sacramentales en el Perú es una publicación del rectorado de la Pontificia Universidad Católica del Perú en homenaje al nonagésimo aniversario de su fundación y a la puesta en escena del auto sacramental *La vida es sueño* de Pedro Calderón de la Barca.

Editado por Luis Peirano y Lucila Castro de Trelles, el libro reúne una serie de artículos sobre la tradición de puestas en escena de los autos sacramentales en nuestro país, centrándose especialmente en la segunda mitad del siglo XX, así como en los últimos cuatro montajes auspiciados y promovidos por nuestra universidad.

Con esta publicación en nuestro año jubilar, reafirmamos nuestra auténtica vocación de aliento al arte. Creemos, en efecto, que el teatro de Pedro Calderón de la Barca refleja un aspecto fundamental del espíritu de nuestra casa: la constante búsqueda de la verdad, a la luz del diálogo entre razón y fe. Estos versos de carácter alegórico, escritos en el siglo XVII, mantienen plena vigencia y continúan interpelándonos e invitándonos a una profunda reflexión ética y teológica.

Quisiéramos expresar nuestro especial agradecimiento a los autores de los textos que recoge este libro. Al doctor Luis Jaime Cisneros, cuyo fecundo trabajo es el reflejo de años de estudio y de una gran vocación hacia las letras castellanas. Al doctor Salomón Lerner Febres, rector emérito, por sus lúcidos pensamientos sobre *El gran teatro del mundo*. Al doctor José Antonio Rodríguez Garrido por el notable ensayo sobre el auto sacramental en la Lima virreinal, así como por su revisión de los textos de Calderón de la Barca para la escenificación de la obra. Al doctor Ricardo Blume, quien con cálida vocación teatral nos introduce en las representaciones de los autos sacramentales en Lima. Al doctor Luis Peirano, director de la obra, quien también escribe sobre las experiencias de montaje de este género dramático. A Lucila Castro de Trelles, por sus valiosos apuntes sobre el retorno de los autos calderonianos en América y en España y sus notas sobre la influencia del barroco colonial en el montaje de *La vida es sueño*. A Jorge Deustua, por su talentoso trabajo fotográfico y a todas aquellas personas que han contribuido a hacer posible esta publicación.

Deseamos que este libro sea expresión de nuestro quehacer como comunidad académica que, a través del arte, hace de la experiencia universitaria una vivencia integral. Esperamos que estas páginas reflejen también la combinación de madurez y lozanía que caracteriza a una institución que ha sabido sincronizar con armonía los tiempos distintos que laten en ella.

Luis Guzmán Barrón Sobrevilla

Rector

Pontificia Universidad Católica del Perú

Lima, noviembre, 2007

Introducción

El oficio del teatro consiste en el ejercicio permanente de la memoria en todas sus dimensiones y ello se presta a una diversidad enorme de posibilidades que apuntan a preservar, a conservar, a cuidar y a enriquecer amorosamente aquello bueno que produce el ser humano.

Es una paradoja de las más difíciles de explicar que, pese a lo fugaz y efímero del acto teatral mismo, el esfuerzo de quienes hacen teatro estriba en mantener viva la llama del fuego que irradia su memoria. Esta llama –que es cálida y enternecedora algunas veces y otras lacerante y agresiva– está siempre avivada por la necesidad de no olvidar, de recuperar en un presente continuo todo aquello que el hombre ha vivido a lo largo de los años.

De aquí nuestro deseo de colaborar, en todas las formas posibles, con el esfuerzo del teatro por contar con bases materiales que lo sostengan en la vida cotidiana, tanto como recurso vital de estudio del acervo cultural humano y como uno de los grandes motivos de entretenimiento, de diversión, del más sano uso del tiempo libre.

Durante mucho tiempo esta misión fue cumplida a través de los espacios reservados para el teatro, que en las culturas de todas las civilizaciones fueron de tanta importancia como los de las otras instituciones que buscaban afirmar el carácter comunitario y la vocación de permanencia en el tiempo de un grupo humano.

Los diversos edificios para el teatro que luce una comunidad cualquiera dan cuenta de esta vocación que permanece sólida en las sociedades que han logrado afirmarse en el desarrollo.

Es claro que el teatro no depende de los edificios, porque a pesar de la inexistencia de ellos o de la precariedad de algunos destinados a ese fin, el teatro sigue imponiéndose por lo que es en su esencia, haciendo en ocasiones que, por acuerdo de los hombres, mujeres y niños de una comunidad, cada espacio vacío pueda convertirse en un lugar para el teatro. Pero no nos engañemos, la existencia de uno o varios edificios para el teatro en una comunidad es, por lo general, prueba material incuestionable de su desarrollo.

Algo parecido sucede con los libros. El teatro no son los libros, pero ellos nos permiten la posibilidad de recuperar los textos que quedaron de tantos esfuerzos maravillosos de creatividad en la escena.

Los libros ayudan mucho al teatro y no hay por qué desdeñarlos, como alguna vez se hizo en tiempos pasados a modo de reacción frente al poder de la literatura y la academia por atrapar al teatro en reglas y cánones que no propiciaban su desarrollo en libertad. Los libros son material importante como estímulo a la recuperación de la memoria, no solamente en su dimensión más racional y consciente, sino también en la de aquella llama viva, siempre extinguida después de una función, pero anunciada con clarines en la esperanza de tenerla más grande en la siguiente.

El libro mismo ha tenido notables variaciones desde que apareció como creación humana. Uno de los grandes saltos en este avance del libro se debió, sin lugar a dudas, a su enriquecimiento por la fotografía. Ella permite recoger ideas y emociones que complementan la escritura con imágenes portadoras de vivencias nuevas.

Durante todo el siglo pasado la fotografía ha hecho posible una acumulación de imágenes de notable importancia para la memoria del teatro. La más vital y subjetiva analogía que reposa en la teatralidad se ha enriquecido con aquella otra que la registra en imágenes y le imprime una especie de sello final que la prolonga en el tiempo.

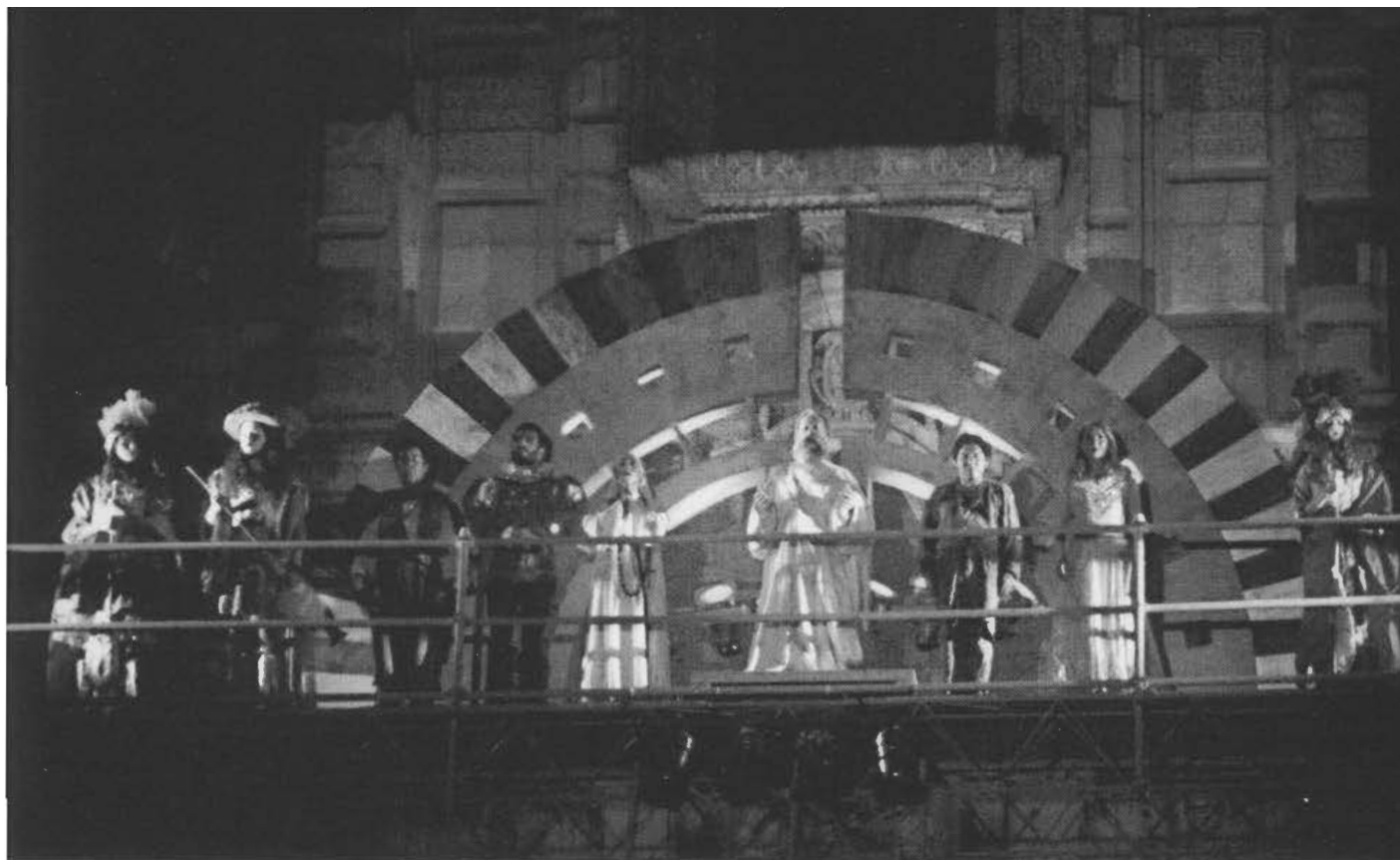
La fotografía que recoge las emociones y vivencias generadas por un espectáculo de teatro al aire libre ha sido especialmente sugerente en este aspecto, porque a la acción teatral se ha sumado casi necesariamente la presencia masiva del público, que le da sentido, y de escenarios reales, fruto de nuestra herencia cultural.

En el caso que nos ocupa en esta publicación, la intensa emotividad dramática y religiosa que hace posible los autos sacramentales ha tenido un respaldo espectacular en la fotografía.

Nos proponemos con este libro colaborar en el mantenimiento de las ideas e imágenes que han venido dejando la huella de una larga tradición de puestas en escena de los autos sacramentales en el Perú. Se trata de un teatro de la vocación más simple y vital a la vez, aunque con la maravillosa elaboración del verso clásico, con grandes ideas y vivencias, pero representado en la calle, al aire libre, con el cielo negro de techo infinito como marco.

No es común ver hoy representaciones de autos sacramentales en otras ciudades de América Latina y menos hacerlo frente a las hermosas fachadas barrocas de nuestras iglesias y plazas.

Damos cuenta aquí de algunos referentes históricos y culturales necesarios para entender las bases de esta tradición. Para ello recogemos textos de Luis Jaime Cisneros, Salomón Lerner Febres y Luis Peirano, que colaboraron también en los diversos programas de



El Autor recibe en el cielo a quienes “obraron bien”, flanqueado por arcángeles.
El gran teatro del mundo, 1999.

mano de *El gran teatro del mundo*. José Antonio Rodríguez Garrido, Lucila Castro de Trelles y Ricardo Blume han escrito además, especialmente para este libro, algunos aportes fundamentales para el entendimiento histórico de esta tradición en la que se entroncan los últimos cuatro espectáculos de autos sacramentales representados en Lima.

Cuando iniciamos los primeros trabajos para montar *El gran teatro del mundo* en abril de 1997, con el fin de celebrar los ochenta primeros años de nuestra universidad, nunca pensamos que lo repetiríamos en dos ocasiones más, que lo verían más de 60 mil espectadores y, menos aún, que diez años después estaríamos montando *La vida es sueño*, que no se presentaba en Lima desde el siglo XVII, para celebrar los noventa años de la Pontificia Universidad Católica del Perú, convirtiéndonos en depositarios de esta responsabilidad que esperamos nos sobreviva.

Lo hacemos con la intensa esperanza de que esta hermosa tradición se mantenga siempre viva y no caiga en el olvido.

Este libro se debe en primer lugar a la decisión y apoyo del rector de la PUCP, ingeniero Luis Guzmán Barrón. A él como a los doctores Salomón Lerner Febres y Marcial Antonio Rubio Correa, quienes con gran entusiasmo apoyaron nuestro primer montaje de *El gran teatro del mundo*, les debemos nuestro reconocimiento principal. Ellos han sostenido este periplo que lleva ya 10 años en la tarea de preservar la tradición de representar autos sacramentales en nuestras plazas, contando con la incondicional colaboración del vicerrector administrativo doctor Efraín Gonzales de Olarte y de todo el equipo administrativo de la universidad, que se ha mantenido siempre muy comprometido con esta tarea.